

*Cineclubismo en la UAEM:  
Más de tres décadas de compromiso con  
un cine alternativo*

VÍCTOR NAVA MARÍN

Nunca como hoy se había dado una demanda tan alta de introducciones, producción y estudios sobre el cine (y el lenguaje audiovisual) en las escuelas. Todo esto, seguramente, encierra la voluntad de subsanar el enorme atraso que ha acumulado la escuela en lo que se refiere a las nuevas formas de expresión, de comunicación y de elaboración de las informaciones (esto, obviamente, no sólo atañe al cine).

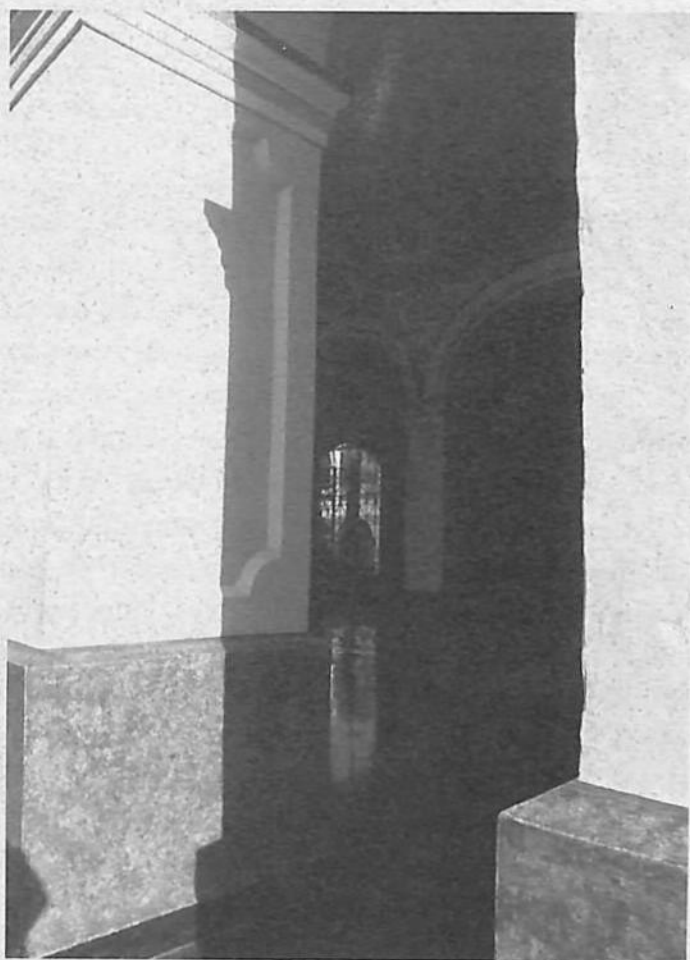
ANTONIO COSTA

**P**roducto de la primigenia inquietud del hombre, como ente social, de plasmar, por medio de imágenes significativas, relevantes motivos de la realidad, de la experiencia vital, buscando expresar alguna idea, una impresión, un mensaje (sombras chinescas, cuevas de Altamira), y de las no pocas aportaciones técnicas de numerosos científicos, en distintos países y épocas (la *linterna mágica* del jesuita Athanasius Kircher, el perfeccionamiento de la *cámara oscura*, que le permitió a J. M. Niepce obtener la primera fotografía, el *daguerrotipo* de J. M. Daguerre, el *plenakistiscopio* de Joseph Plateau, del que derivaron otros “juguetes populares” muy en boga a mediados del siglo XIX, como el *fantascopio*, el *zoótropo* y el *estroboscopio*; el *revólver astronómico* de Janssen, el *fusil fotográfico* de E. J. Marey, el *praxinoscopio* de CH. E. Reynaud, el *kinetoscopio* de T. A. Edison), el cine, tras aquel venturoso acontecimiento del 28 de diciembre de 1895, cuando, con su mágico *kinematógrafo*, los hermanos Auguste y Louis Lumière lograron proyectar por primera vez, sobre una pantalla y ante un público, asombrosas y cautivadoras imágenes, pasaría a convertirse de una mera “curiosidad científica” en un poderoso medio de comunicación, y más tarde, en un sugerente arte que, por su esencia y capacidad expresiva, poco a poco empezaría a tener una

contundente presencia en la cotidiana cultural que define y configura la intrínseca manera de ser, de pensar, de actuar, del individuo, y de cuya realidad y fantasía, complejidad y empatía es receptor-reflejo codificado en un arrobador doble lenguaje en el que palabra e imagen se funden para transmitir sugestivos e impactantes, conmovedores e (in)verosímiles mensajes, los cuales, dependiendo de su criterio conceptual o de su interés ideológico, distraen anestésicamente al receptor-espectador de su propio entorno, o bien, además de divertirlo, lo llegan a hacer reflexionar y lo incitan a tomar conciencia de la conflictiva humana, de la condición social, histórica, de la (im) posibilidad de transgredir y asumir valores en consecuencia con una comprensión subliminal reveladora, que lo conduce a la autoafirmación y la autotrascendencia, vía la apercepción vivencial de las imágenes.

El cine, ese fascinante vínculo del hombre con su potencial imaginario, le ha permitido a éste indagar, descubrir y proyectar sus más profundos conflictos personales, sociales, históricos...

Representación sucesiva de imágenes en movimiento, el cine adquiere una dimensión comunicativa y cultural de enorme repercusión social, por cuanto implican tanto su inmediato efecto como sus múltiples alcances, que lo han llevado a transformarse no sólo en ese influyente medio de entretenimiento y eficaz instrumento de control y penetración ideológica que lo caracterizan, sino en una verdadera mercancía, que lo mismo puede generar y satisfacer necesidades frívolas, insustanciales, que propiciar inquietantes y fundamentales cuestionamientos en torno a la realidad; en un conducto que nos permite autoanalizarnos e identificarnos psicológica, emocional y vivencialmente con aquellos referentes visuales



FOTOGRAFÍAS: Silvia Lignini Vassolo.

que proyectan nuestra condición humana dentro de una posibilidad enorme de caracteres y actitudes, posturas y situaciones, que son causa y efecto, justificación y sustento de la expresión cinematográfica, cuyo efecto social ha generado una enajenante y desenfrenada relación oferta-demanda, dominada en gran medida, si no es que de una manera absoluta, por la poderosísima industria oligopólica de Hollywood, la cual, ahora más que nunca, en aras de la globalización, no sólo obstaculiza o afecta la producción fílmica y el desarrollo cinematográfico en el mundo —por medio de la implementación, muy a su favor, de arbitrarios mecanismos de control (código Hays) y parciales medidas de apoderamiento y regencia de los grandes medios de producción, distribución y exhibición—, sino que se ha llegado a convertir en un incesante instrumento de penetración ideológica que lacera y ofende la dignidad cultural, la idiosincrasia, sobre todo de los países tercermundistas, tan vulnerables a la avasallante e injerencista maquinaria hollywoodense, a la invasión de los cada vez más insulsos y desaprensivos productos cinematográficos ofertados por dicho oligopolio, que nada o muy poco tienen que ver con los verdaderos intereses socioculturales propios de



cada país, lo que de alguna forma desvirtúa, y hasta cierto punto llega a cuestionar el sentido ético y la responsabilidad social del cine, aspectos ambos que no deberían quedar al margen de la interrelación individuo sociedad, menos aún, cuando ésta está siendo influida día a día y de un modo tan desvinculatorio de sus propios referentes. Condición que en el caso de la sociedad latinoamericana es particularmente evidente y preocupante, toda vez que, carente de un auténtico sistema filosófico (el cual no ha podido consolidar por la ausencia de una verdadera ideología identificable, que le permita legitimar y sustanciar sus propias expresiones, ideas y convicciones), es presa fácil del sojuzgamiento ideológico, cultural, intelectual, lo que bien se puede advertir a través del fenómeno cinematográfico.

El cine es un fenómeno, sí, en la medida que impacta, influye y transforma los valores ideológicos, culturales de la sociedad. Porque miente y revela, porque enajena y libera, porque divierte y sugiere, el cine juega un papel importante en la exigencia transformadora de la sociedad. Es un hecho que el hombre, obsesionado por la imagen, ha sido capaz de construir una cultura y un lenguaje basados en ella; una cultura y un lenguaje que han dado lugar al suceso cinematográfico, el cual a su vez impacta y repercute —influyéndolo y transformándolo— en el individuo que lo vivencia como una necesaria exploración introspectiva de lo real y lo probable. Visto así, el cine se traduce como un fenómeno sociocultural que se nutre de la realidad misma, y la refleja, ya sea desde una concepción identificatoria (como, a causa de las raíces, el idioma y las costumbres, se puede concebir al cine latinoamericano), o bien desde la otredad, influyente o refractaria, como puede ocurrir en la aperccepción de un cine como el que oferta la industria hollywoodense, cuyos planteamientos, además de adulterarla, están muy lejanos de una manera de ser propia. Esto lleva a cuestionar el influjo y la injerencia que en cada uno de los países latinoamericanos, como en muchas otras partes del mundo, tiene el poder oligopólico de Hollywood, en detrimento de una dignificante y aleccionadora frucción del cine.

“El cine es mejor que la vida”, la famosa frase del inolvidable Emilio García Riera, uno de los más importantes críticos y estudiosos del cine mexicano, nos da pie para entender la importancia social de este arte, y nos hace asumir una actitud consciente y reflexiva en torno al mensaje de su inherente propuesta conceptual, más allá de una pasiva y complaciente experiencia receptiva. A pesar de ser imagen, representación, fantasía, el cine —acaso por su verosimilitud expresiva— alcanza a decirnos, en el plano de la denotación o el de la connotación, trascendentes cosas que nos alimentan visual, emocional, espiritualmente.

Fincado en tales criterios, el Cineclub de la UAEM, entendido el término cineclub como el lugar donde se exhiben, a un grupo de cinéfilos, cintas clásicas o de innegable valor que escapan a los circuitos comerciales, ha venido desempeñando esta actividad, de manera ininterrumpida, desde hace más de tres décadas (sin olvidar una etapa antecedente —finales de los años sesentas—, a cargo de un entusiasta grupo de estudiantes de arquitectura), a lo largo de las cuales, y de acuerdo a las condiciones de cada momento, se han programado, ya sea por ciclos (temáticos, de autor o por países) o de manera extraordinaria, destacadas cintas de cineastas fundamentales que dan cuenta de la concepción artística o de la visión que éstos tienen de la sociedad y que despiertan la sensibilidad del espectador.

Así pues, en la que podríamos denominar como primera etapa (décadas de los setentas y ochentas), el Cineclub/UAEM mantuvo una permanente programación de importantes películas, por cierto en 16 mm, gracias a las facilidades de préstamo

(por parte de embajadas e instituciones culturales) o a las accesibles condiciones de alquiler ofrecidas por las distribuidoras comerciales de entonces (sobre todo Distribuidora Rivero, Películas Nacionales).

Sin embargo, esta experiencia de la exhibición en 16 mm empezaría a cambiar en la década de los noventas, cuando el cine mexicano quedó a merced de los criterios y presiones de las compañías distribuidoras y exhibidoras estadounidenses (entiéndase oligopolio de Hollywood), teniendo que rematar el Estado (18 de julio de 1993) un paquete de medios cuya renta total sumó 65 millones de dólares, lo que, entre otras cosas, implicó la pérdida de las salas dedicadas al cine mexicano y una proliferación de cine ajeno y enajenante, así como la necesidad de recurrir al cine en video. Por eso, aunque de manera modesta, pero con una intención reivindicatoria, el Cineclub/UAEM pretende ofrecer a la comunidad universitaria y al público cinéfilo, consciente de esta situación y demandante de otras opciones, un cine alternativo que los inquiete y motive, que los incite y provoque, que los despierte y haga reflexionar, que los haga partícipes de una realidad exultante e identificatoria, de una realidad que aunque brota de la pantalla es más real y verdadera que la inmediata. De ahí la necesidad y el interés del Cineclub por mantener la programación tanto de los **martes** (dedicados a la exhibición de las diversas expresiones y corrientes cinematográficas del mundo) y de los **miércoles** (dedicados al cine mexicano), como la eventual, con el fin de brindarle a un público heterogéneo un cine de cierta calidad y de un acento artístico, social, humano... De ahí también el propósito de alentar y estimular el interés de quienes desean expresar sus inquietudes a través del video, como un medio de comunicación artística y social, como lo muestra el reciente Encuentro Primavera 2006 de video corto "A pantalla abierta" (llevado a cabo los pasados lunes de abril-mayo), con el cual se abrió justamente la pantalla del Cineclub/UAEM para mostrar al público más de cuarenta video cortos de entusiastas videístas; o bien los próximos cursos (Apreciación cinematográfica, Guionismo y Actores para cine) que se tiene contemplado ofrecer en breve al público interesado, al que se le irá informando de los mismos en la medida que vayan siendo programados.